

SENTIDO PROFUNDO DE LA EDAD MEDIA

Por RENE BOGGIO AMAT Y LEON

La Edad Media, cronológicamente, tenía que venir. No cabe duda que deshecho el Imperio Romano, invadida Europa por nuevos hombres, entraba la humanidad en una nueva época. Supongamos que no hubiera nacido Cristo o que no hubiera prendido el cristianismo, ¿qué dos culturas se habrían encontrado? La cultura antigua, en gran parte prostituida y degradada no hubiera podido resistir a los bárbaros. El Imperio Romano ya no tenía poderío militar. La parte eterna de la cultura antigua, la que después se confundió con el cristianismo, se hubiera perdido para siempre y hubiera sucumbido, tal vez en los dos o tres primeros siglos de las invasiones, a no mediar la intervención del factor cristiano.

Olvidemos que existe el cristianismo y pensemos que de todas maneras la Edad Media habría ocupado su lugar en la Historia sin que interviniera la corriente cristiana, ¿se ha pensado esto alguna vez con profundidad? No.

Solamente se piensa en que la Edad Media, que en muchos aspectos, no cabe duda, fue imperfecta por razones intrínsecas de la época misma, fue una Edad viciada por la Iglesia a la que se echa toda la culpa de todos los defectos que justamente ella hizo todo lo posible e imposible por remediar.

Los hombres necesitan siempre un culpable, una víctima propiciatoria para descargar sus anatemas y sus odios, y para fundamentar sus teorías; y, como de otra parte, no era posible culpar con éxito a la Antigüedad, que no oiría la condenación porque había desaparecido, y como tampoco era posible culpar a los bárbaros, entre otras causas porque muchos historiadores descienden de ellos y de los bárbaros han nacido los estados modernos a los que sería peligroso culpar, era pues, de todas maneras necesario alguien que cargara con las imperfecciones de la edad Media y ese "alguien" puede ser maravillosamente la Iglesia: pues vive hasta ahora, se le puede ca-

lumniar con la satisfacción de que nos oiga y nos responda y por último, siempre es muy útil, que cuando se desborden nuestras pasiones y querramos darles rienda suelta, tengamos a la mano algún "culpable" de habernos "encadenado" y de habernos "envenenado las fuentes de la existencia". Cargar con las culpas ajenas ha sido siempre el sino simbólico de la Iglesia como si hasta en esto quiso su fundador que fuera obra suya.

Así la Iglesia fue la causante de la Incultura y no la que salvó a la Cultura de los bárbaros.

La Iglesia fue la que enturbió nuestros sueños de placer y no la que respondió a las angustiantes preguntas de un Platón y un Aristóteles y la que resolvió toda una cósmica tragedia humana.

Así la Iglesia es la culpable de que el señor feudal resulte muchas veces un homicida incontrolado y no la que evitó el que muchas veces sus excesos fueran peores. La Iglesia es la culpable de que existieran "siervos" y no la que los hizo subir de la categoría de esclavos. La Iglesia es igualmente culpable de que los reyes concentraran un poder absoluto, y se olvidan al contrario, que es la única que ha hecho que los poderosos de la tierra se dobleguen ante un poder superior, excomulgándolos si no atendían suficientemente bien a sus súbditos. La Iglesia es la que encadenó el pensamiento y no la que lo unificó de manera excepcional en la historia del hombre, estableciendo las jerarquías, que hoy las dictaduras quieren revivir sobre una base bestial y anti-humana, sin poderlo conseguir de otro modo, porque les falta el aliento divino.

Sabemos muy bien que, entre los estudiosos de criterio amplio y claro, la Edad Media está completamente vindicada. Pero también es necesario constatar que en la mayoría de los sectores intelectuales se piensa en ella con horror y todavía se carga sobre la Iglesia toda la culpa de las imperfecciones de esa Edad, sin quererle reconocer todo lo que la humanidad le debe.

Una breve revisión de la Edad Media a la luz de los últimos y mejor documentados estudios y un análisis de sus figuras cumbres, bastarían para dejar restablecida la verdad; al menos para incitar a un trabajo más serio, más completo y más profundo.

Por un momento, después de casi tres siglos de zozobras y de invasiones sangrientas, que todo lo arrasan, con la coronación de

Carlomagno, en el siglo nono, cuando el poder temporal y el eterno marchan de acuerdo, parece que el mundo recobra su ritmo acompasado y sereno. No es desgraciadamente así: a la Edad Media le esperaba su calvario y su purificación. La coronación de Carlomagno, resulta solo un alto, en el camino de perfección. Ludovico Pío que sigue a Carlomagno no puede conservar el inmenso imperio del Emperador de la Barba Florida. Las guerras de sus hijos, indignos nietos de Carlomagno, han de desmembrar la gran obra del enérgico guerrero de hierro que tenía anhelos de cultura para gobernar y blando corazón para las flechas del amor.

En el Tratado de Verdún del año 843 acaban las disputas de la guerra fratricida. Pipino había muerto y los sobrevivientes, Lotario, Luis y Carlos se reparten los despojos de una obra que no se volvería a unir jamás en idéntica forma: Lotario tiene su parte en Italia, Luis se implanta en Alemania y a Carlos le toca el resto del Imperio con el título de Rey de Francia.

Esta repartición es la causa remota de la aparición del feudalismo que podemos verlo nacer con precisión en la Asamblea de Nobles de Kiersy de Oise en el año 877, en la cual los nobles de Francia exigieron al hijo de Ludovico Pío, Carlos el Calvo, que les concediese el dominio absoluto de sus condados y señoríos y que sus hijos heredasen sus bienes con igual dominio. Aquí vemos de manera expresa nacer el feudalismo y así se irá extinguiendo en Europa de diversas maneras, la decadente monarquía absoluta, que sólo renacerá otra vez, a fines de la Edad Media. Mientras tanto Europa entra en el "tétrico y tenebroso período feudal". La autoridad se había quebrado gravemente; Lotario ve arrebatarse sus estados por Francia y Alemania y Luis el Germánico, que había heredado Alemania por el tratado de Verdún, también a sus estados comprometidos y a su autoridad amenazada por las invasiones de los normandos y eslavos. Con Luis el Niño se extingue la rama carolingia en Alemania.

Dentro de la Edad Media, calumniada en conjunto, también han sido calumniadas una por una sus instituciones y uno por uno sus hombres. El feudalismo ha sufrido muchos de estos injustos ataques. Y, sin embargo, solo él y la Iglesia, permanecen firmes y seguros en medio de la conmoción general. Solo ellos, en ese

momento en que se derrumba el colosal Imperio de Carlomagno, salvan a la sociedad. Veamos cómo analiza Pierre Gaxotte este momento, por muchos motivos tan emocionante, de la Historia de la Civilización: "En el derrumbamiento del Estado Carolingio, en aquella noche del siglo nueve, llena del ruido de las armas, mientras que nuevas oleadas húngaras, sarracenas y normandas invaden y sumergen al país, mientras que el pueblo dispersado huye sin rumbo, la Iglesia, una vez más, resiste y se mantiene firme".

"Reanuda las interrumpidas tradiciones, combate los desórdenes feudales, reglamenta las contiendas particulares, impone treguas y paces... En torno de los grandes santuarios y de las santas abadías se anudan relaciones y viajes; a lo largo de las sendas por donde caminan interminables procesiones de peregrinos, van naciendo las canciones épicas. Las selvas, taladas por los monjes, van desapareciendo; a la sombra de los monasterios se repueblan las campiñas; resurgen las aldeas arruinadas. Las vidrieras policromas de las iglesias y las esculturas de las catedrales son libros de estampas en los que se instruye el pueblo. El Papa es el dictador de Europa; que ordena cruzadas y deshace reyes. Pero ya se había puesto al trabajo otro obrero: el señor. Cuando el Estado se debilita, ocupan su puesto los individuos más fuertes; así, al resbalar el centro de Carlomagno en las manos débiles de sus sucesores, una generación de soldados se levanta para recoger sus restos".

"Como el territorio, la soberanía se desmenuza, y una espesa germinación de poderes locales, cubre el suelo. Funcionarios imperiales, grandes propietarios, aventureros afortunados, bandoleros sometidos, los nuevos reyezuelos proceden de mil orígenes. Violencias, usurpaciones, inmunidades, reparticiones, realizados al azar de las circunstancias, fueron las raíces inestables e inherentes de su poder".

"Todos los atributos del Poder Público se desprenden, se rompen, se venden, se roban".

"Uno se apodera de un portazgo, otro de un mercado. Ya no hay ejército, no hay más que partidas. La Justicia se reparte en mil jurisdicciones especiales: territorial, personal, alta y baja. Las almas se disuelven con los derechos. Una fuerza subsiste solamente: el valor, la resolución, la audacia, la brutalidad del individuo".

Hasta aquí nos hace ver Pierre Gaxotte, las sombras que en ciertos momentos, nadie lo niega, cubren la Edad Media. He aquí

un momento, verdaderamente desolador y terrible: sólo la Iglesia ha permanecido libre.

Pero un nuevo obrero ha sido puesto a la obra: el señor. Sigamos otra vez, al insigne historiador francés, para que nos introduzca a la salvación del feudalismo y nos explique su honda significación histórica.

“La inseguridad es general. Por todas partes se pelea, y las crónicas no hablan sino de muertes, saqueos e incendios, de pueblos arrasados, de mujeres violadas, de labradores asesinados. Para el débil la vida es solo un largo terror. Al rededor de un señor que posee un castillo, guerreros, un tesoro, los campesinos se agrupan apresurados, y a cambio de su protección y su justicia le ceden una parte de su trabajo y una parte de sus cosechas; los más desgraciados, se vinculan a él toda la vida y para toda la de su descendencia. Constructor del molino, del horno y del puente, es el amo de la circulación y de las transacciones, y encierra la actividad de sus vasallos y siervos en una estrecha red de exacciones y monopolios. Pero, ¿qué son estas servidumbres a trueque de la vida que él ampara?

A una sociedad desarbolada, dispersada, disuelta, que no tenía ya ni guías ni leyes, el feudalismo le da *cuadros y jefes*; por estrechos que hayan sido los primeros, han servido para agrupar a los hombres; y por violentos que hayan sido los segundos, han restablecido las garantías elementales, sin las cuales no era posible subsistir. Su servicio es oneroso, excesivo su beneficio; pero, sin ellos la situación hubiera sido peor aún”.

Cumplida la misión salvadora del Feudalismo, después dejará el sitio a los Municipios. La Iglesia mientras tanto ha suavizado las costumbres. Después irán comprendiendo los señores feudales que sus intereses están de acuerdo con los de sus protegidos. Se tornan moderados y poco a poco la sociedad irá prescindiendo de ellos. El rey los reemplazará al concentrar el poder y no quedará para ellos, tan orgullosos otrora más que este dilema fatal: o someterse o perecer. No podemos menos de dejar de citar, para completar esta sintética revisión del papel del Feudalismo, la romántica estampa que el autor citado nos da, de los últimos días del feudalismo: “En las viejas torres, desprovistas ya de fosos y defensas, y cuyas puertas y ventanas se abren al exterior, dominan las mismas preocupaciones y se lleva casi igual vida que en las chozas vecinas; se puen-

sa en las cosechas, en el ganado, en la lluvia, en las viñas, en la venta del grano. Señores y labradores se encuentran en los mercados; si la jornada fue buena beben en la hostería cambiando promesas rudas, y entre dos vasos se dan palmadas amistosas.

Entrada la noche, se ve retornar al señor cabalgando orgullosamente, la espada al cinto, una hogaza de pan bajo el brazo y su rentero montado a la grupa".

Triste, sugestivo y doloroso cuadro. Ese caballero, cabalgando al atardecer, rumbo a su viejo castillo, resignado y aburguesado, es el símbolo de una Edad que se pierde para siempre en el crepúsculo indiferente de una tarde otoñal.

Con él se van el honor y la fé. La gallardía y la dignidad. Ese caballero es ya un hombre de otra época. Su rentero va a su lado: Sancho nace cuando él se esfuma. Y cuando el caballero quiere volver por última vez, tiene que ser en la figura extemporánea de un demente, que su escudero contemplará admirado, pero que nunca más podrán comprender todos los Sanchos que en el mundo han sido.

Pero no volvamos tan pronto los ojos de esta Edad. Mirémosla en lo que tenía de más profundo: en su preocupación metafísica, en sus preocupaciones superiores.

Analicemos hasta qué punto fue triste esta Edad y cuál fue el sentido de su vida.

Ordenada la sociedad exteriormente, primero, debido al Imperio de Carlomagno y después gracias al Feudalismo, y durante toda la Edad Media gracias a la Iglesia, dejemos ahora la organización externa, larga y monótona de relatar. Contemplemos otra vez, a nuestro "hombre antiguo" al hombre del fin del paganismo, demacrado y triste, agotado por todos los pesares, exánime en su fé, y mira horrorizado que se lanzan sobre él, turbas fuertes, valientes, incontroladas, que por doquiera hacen bajar y humillarse a las testas más orgullosas. El panorama que se presenta al hombre que sale de la Edad Antigua es tenebroso y triste: su vida se abre hacia lo ignoto. Pero algo lo anima; en el fondo de su alma, cuando todo estaba destruído y aniquilado, ha prendido una estrella, milagro del cristianismo: la fé en la otra vida.

Europa ha perdido su unidad política y los hombres han perdido su nacionalidad. Nadie sabe ya a qué pueblo ni a qué lugar pertenece, y, con el tiempo, ni a qué familia ni a qué raza. Las invasiones todo lo han trastornado, todo lo han deshecho, y ellas mismas unas a otras se desalojan. Pero, ¡cosa extraña y maravillosa!, rotas todas las unidades materiales, el hombre de la Edad Media; llegará a tener en cambio, la unidad más valiosa y más sublime: la unidad espiritual. El destino "unánime" de un destino igual y superior, el concepto claro de un fin común, la fé en una sola doctrina. Nunca más ha realizado la humanidad este sueño dorado: la unidad del pensamiento.

Y sobre esta piedra angular de una sola fé y una sola doctrina, el problema más aflictivo de la vida del hombre: el problema religioso, que es el de su fin último, queda superado. Puede ahora haber injusticias que el espíritu cristiano irá puliendo, puede haber guerras, muertes, carnicerías, y muchas veces, en verdad, desolación y ruina; pero, todo esto ¿qué significa si al fin y al cabo todo es pasajero y una vida eterna y feliz espera al hombre para siempre? Una estrella ha prendido en el fondo de todos los pechos: y aunque es de noche ya nadie anda en tinieblas, porque han encontrado el camino, la verdad y la vida.

Desliguémonos un momento, si nos es posible, de nuestra creencia religiosa. Nequemos la existencia de ultratumba. Veamos en toda la doctrina cristiana un mito solamente. Aun, desde este punto de vista absurdo, nunca un mito tuvo un sentido más humano ni más caritativo. Este supuesto mito, permite organizar formidablemente una Edad única en la Historia. Restablecida la unidad del pensamiento, pasadas las primeras invasiones violentas, la idea cristiana comienza su obra admirable de unificación espiritual, de las culturas antigua y cristiana. Y mientras el ruido de las armas y el choque de las lanzas y espadas, anuncia combates y guerrillas, en los conventos se va reuniendo la cultura, que la Edad Media dará después al mundo, sin pretensiones, sin personalismos; para que este mundo ingrato, usufructuario hasta nuestros días del trabajo resignado de esos hombres, vuelva contra la Iglesia la cultura que, justamente ella, salvó de la barbarie, intentado llenarla de ignominia.

Añeja historia la de la ingratitud humana pero también cierto que el tiempo deshace prejuicios y disuelve calumnias. Una mentira, que en nuestro siglo desaparece definitivamente, es la que habla-

ba de la "noche inculta de la Edad Media". Fue en realidad esta Edad, el crisol de todas las ideas y no es aventurado decir hoy día, que la humanidad muerta en la Edad Antigua renació en la Edad Media y no en el Renacimiento, que es desborde de esa cultura, que desnaturalizada y desfigurada, produce la ruptura espiritual entre Dios y el Hombre.

Es verdad que antes de ahora, ya se han levantado voces justicieras, entre ellas la de Augusto Comte, quien decía: "Todo el movimiento espiritual de los tiempos modernos proviene indiscutiblemente de aquellos memorables tiempos, irracionalmente calificados por tenebrosos por una crítica metafísica superficial, que comienza con el Protestantismo". Pero, como nos dice Nigris, estas voces quedaron perdidas y la rehabilitación de la Edad Media, solo se está haciendo definitivamente, en nuestros días.

Las generaciones nuevas tienen la inmensa tarea de restablecer verdades y combatir a la "ignorancia ilustrada y dogmática". No tiene este estudio otra finalidad que colaborar humildemente, en el camino abierto ya hace algunos años por los más preclaros espíritus contemporáneos, hacia una meta de verdad y de luz.

Mayo, 1939.

René BOGGIO AMAT Y LEON.